

Siempre lo supimos

En un barco cargado de individuos iban nuestros sueños: como misiva sin destino claro en una hoja en blanco. La embarcación estaba repleta de gentes. Había 2402 personas, todas buscando ayudar en el proyecto científico que salvaría temporalmente a la especie. Yo estaba sentado en la habitación número 13 junto a ocho personas más, con mi cabeza hundida en los brazos y con un frío que paralizaba mis manos cada vez que las dejaba quietas. Dormí durante casi todo el viaje. Al despertarme después de varias horas fui consciente, bajo el dolor y la ira de mi pobre suerte, que me había tropezado con las miserias raídas de la humanidad, que faltaba mucho, tal vez toda una vida, para que los gritos de aquellas mujeres, hombres y niños desaparecieran de mi cabeza.

Atrás quedaba la humareda y las cenizas de naciones enteras. Me acordé mientras me comía un pedazo de pan con jalea de arándanos que la vida está construida de pequeños momentos, de pequeñas pausas. La vida es la forma inesperada de la belleza y, claro, también la posibilidad irrazonada de la tragedia. No obstante, nunca me he percatado qué es realmente o qué significa estar vivo. Parece que sé cómo se puede vivir mejor: teniendo lo necesario, respirando aire sin químicos nucleares, regando y cuidando las plantas de mi abuela y teniendo, al menos, una frazada para los días fríos en los que debes viajar en barco. Recordaba que la abuela, Mau, nombraba a cada una de sus matas: Alisa, Maryna, Iryna, Kirill, Valentyna, etc. Ella decía que para reconocer hay que nombrar, y aseguraba que sus plantas se dignificaban con el nombre que les proporcionaba.

Cuando el país vecino decidió entrar en guerra con el nuestro, ninguno estaba preparado, ni ninguna auguraba que sería por mucho tiempo, pues en un mundo de cambios vertiginosos a lo que menos nos acostumbramos es a lo permanente. Corría el año 2092, el planeta gozaba de un bienestar refulgente. Cada lustro era mejor que el anterior; el hambre se había eliminado de la faz por completo y el sueño de la igualdad se hacía cada vez más previsible. No en vano las mujeres, por primera vez, eran las principales líderes políticas del mundo. Todo parecía logrado y, sin embargo, nada estaba alcanzado. Los expertos calculábamos que para el siguiente siglo nueve de cada diez ciudades serían sostenibles con el medio ambiente y que dependeríamos por completo de energías renovables. El mismo pluralismo del que tanto escribió —o del que habló sin nombrar— la filósofa Hannah Arendt se había transformado en una facultad potencial presentada en el entramado social. Las libertades políticas y sociales, a saber, pasaban por su mejor momento sin que dejaran de ser una construcción permanente, ya que el conflicto es la esencia de toda relación, de la condición humana. Era el tiempo triunfante de la diversidad sobre la homogeneidad. Las cartas estaban echadas: habíamos logrado arrimar a la cumbre de la civilización, o lo que entendíamos por civilización.

El primero de septiembre de 2092, a las cero horas, pasó lo que nadie esperaba. El riesgo de una guerra nuclear se materializó. Los misiles pasaban del este al norte, del oeste al sur; salían del polo norte y de lugares donde nunca se había proclamado arma alguna. La paz construida durante décadas se había fragmentado y pulverizado en partículas

imperceptibles. De repente la barbaridad del hombre se precipitaba a reclamar lo que en siglos anteriores había hecho con más frecuencia: el sumo poder sobre el Estado y la tierra ajena. Villa Unión, mi patria, se encontraba invadida por la Unión Igualitaria, una nación que se estuvo conformando desde el 2030 y que abarcaba un poderío descomunal. Nunca desconfiamos de ella; muchos asegurábamos que las decisiones geopolíticas que tomaba las hacía con el pacifismo pertinente y que, por el contrario, su vinculación con otros territorios era ejemplo de diálogo y equidad. Ingenuamente creímos que se tejía el camino al cielo cuando lo que se fraguaba era el no retorno de un infierno dantesco. Aunque no faltaron analistas y científicos sociales quienes advirtieran el advenimiento de un portentoso fracaso transnacional y, con ello, la configuración de un nuevo establecimiento mundial. Recordé a uno especialmente: Mark Orwell, quien por tres décadas seguidas se dedicó a estudiar la sociología del poder. Su obra magna comprendía el determinismo en el que grandes naciones sucumbían ante las maniobras edulcoradas de sus líderes, más que eso, de sus ídolos. La idea principal de la Unión Igualitaria era buscar, o en terminos menos eufemísticos, obligar, a adherirnos a sus causas y a su burocracia tecnológica. Se venía conformando como un Leviatán. Lo privado lo transfiguró en lo que denominaba “Propiedad Estatal y del Pueblo”. Hoy lamento que la etimología de “oxímoron” no la hubiera conocido antes porque me hubiera evitado el desgaste de pensar que esas cinco palabras entrañaban algo de verdad. Después de varios años, la Unión Igualitaria se fue expandiendo, poniendo en entredicho la soberanía de territorios enteros. Quería instaurar, a como diera lugar, una sola lengua, un solo país, con un solo dios; con la diferencia de que, ante la eventualidad y creación de un dios, este sería un Estado central y omnipotente de carácter predador. Su principal intención, decía, era el bien común de los pueblos; ¿la verdadera pretensión?: dominar e instaurar un gobierno absoluto, que se encargaría de decidir hasta en los detalles más ínfimos: desde ordenar la natalidad hasta ratificar quién podía morir.

Estábamos viviendo lo que los científicos denominan “invierno nuclear”. La teoría surgió de un estudio hecho hace más de cien años por Crutzen y Birks, dos científicos estadounidenses, que consiste en examinar las consecuencias posteriores a una guerra nuclear. Da la casualidad de que es más fácil analizar los efectos funestos que tendrán nuestros errores, a propiciar la razón en las mentes o a buscar las causas de nuestros males para reparar en ellas; pero no, eso sería una petición desmedida para el alma incoordinada de aquellos que se alimentan de la convicción de las armas y de la sangre. Ante el suceso, los efectos biológicos a largo plazo siguen siendo devastadores. Los humos, el polvo, los aerosoles, los químicos, etc., originados de las explosiones, terminaron bloqueando los rayos solares durante años y, en consecuencia, el calor en la tierra. Las corrientes oceánicas perdieron su rumbo, la migración de las aves y de toda criatura marina, de manera que la cadena alimenticia se vio afectada. Además, el colapso en los cultivos provocó hambrunas en cada parte de la superficie terrestre. La sonoridad de los gritos patentizaba el pasmoso dolor estomacal que se padecía: gritos de hambre, de sed, de abandono; gritos de rabia. Gritos que, conforme se marchaban los días, se naturalizaban como parte de la normalidad existencial. Los videos e imágenes de la tragedia llegaban electrónicamente al barco donde iba, los cuales formaban el boletín informativo hecho por valientes reporteros. Entonces me

descubrí llorando por gente que nunca conocería, que morirían en el acto. Sus vidas concluirían como empezaron: con lágrimas en los ojos. El llanto en estos casos conformaría un prolegómeno a la muerte. En efecto, miles de millones de mujeres, hombres y niños murieron al cabo de meses. Así, se empezaba a gestar una nueva crisis sanitaria: no había lugar para tantos cuerpos, ni había persona que los quisiera enterrar. Desde ese momento el frío reinó.

Los instantes en que se nubló el sol, yo ya no estaba impartiendo clases en la Universidad Pública Nacional de Villa Unión. Estuve quince años ejerciendo orgullosamente mi profesión de maestro en ciencias exactas. Todo lo que quería se resumía en el trabajo académico y en mi abuela, mi única familia. Ella cocinó para mí la noche del treinta y uno agosto, en mi cumpleaños, y aunque las tropas de la Unión Igualitaria ya estaban en nuestras fronteras, el panorama aún no se hostilizaba. Me preparó lasaña, mi plato favorito, y nos bebimos tres botellas de vino de uvas. Insistió, ya embriagada, en que yo era lo mejor que le pudo haber dejado su hija y que el cáncer, tal como lo hizo con el resto de la familia, no se me acercaría, puesto que las innumerables plegarias dirigidas a su dios no lo permitirían. Jamás volveríamos a compartir la misma mesa, en cambio sí lo haría el misil que demolió su casa y la convirtió en escombros. Esa misma noche viajé a la República Unida, el país que me contrató para liderar un exclusivo grupo de científicos que iríamos a la Antártica a poner a prueba la nueva ciudad antinuclear que se construía en el subsuelo de ese continente: inconmensurablemente apropiado frente a las crecientes tensiones de guerra.

Ante la muerte de Mau muy poco me quedaba. Evoqué mientras viajaba a la Antártica unos versos de un poema de Primo Levi que escribió en 1946. En él rememora su sentimiento en el campo de concentración de prisioneros Fossoli, en Italia; mismo sentir al que me rendía con el deceso de mi abuelita: "He visto el sol descender y morir [...] Los soles pueden descender y regresar. Para nosotros, cuando la breve luz se gasta, hay una interminable noche para ser dormida". La interminable noche que vivía, como en el poema de Levi, hacía parte de la obra de sujetos pretendiendo mover el mundo como piezas en un juego de ajedrez. Tarde se darían cuenta de que caerían, asimismo, como peones en su propio tablero. Pero, ¿en qué podía aportar como ciudadano y científico?: en todo y en nada. Precisamente encabezaba un selecto equipo de profesionales encaminados a salvaguardar los trozos de civilización que construimos durante milenios. Nosotros aprobamos los estándares estructurales del diseño e inauguramos, en conjunto con el presidente de la República Unida, la "Ciudad Antinuclear para la Libertad" —paradójicamente así se llama—. Los preparativos se tuvieron que adelantar ante el ataque nuclear repentino. Políticos, artistas, poetas, ingenieros, agricultores, profesores, comunicadores, jardineros, soldados provistos con artefactos de fuego —es irónico, lo reconozco—, y especialistas en cada una de las profesiones existentes, empezamos a coexistir en un espacio de 11,000 kilómetros cuadrados. La mayoría del terreno está predestinado para cultivar, encontrar soluciones alimentarias resilientes y para resguardar a 144,000 animales, insectos y plantas de diferentes especies.

En la ciudad cabe un millón de personas; tiene reservas de comida para tres años. Esta tiene ductos hacia la superficie por donde se drenan los desechos, aunque está dotada con tecnología de vanguardia para que cada residuo sea reutilizado. Las heces, por ejemplo, desempeñan un rol crucial en la creación de energía: los biodigestores la transfiguran en biogás. La nueva metrópoli es lo más parecido a un panal de abejas donde no se deja espacio sin aprovechar. Desde dentro parece la recreación de un mundillo opulento, cuasi perfecto, y, sin embargo, es solo una evasión excluyente, una simulación de la realidad. Una que dejó morir a miles de millones de seres humanos cuyos cadáveres se encuentran sin sepultar, sin una flor o epitafio.

Ahora que escribo para documentar mi experiencia, me pregunto cuál fue el eslabón que perdimos los animales “razonantes” de la tierra; si la guerra es una costumbre heredada, ¿no sería más fácil desandar ese camino? ¿Por qué nos apresuramos a buscar soluciones a hipotéticas catástrofes y contingencias cuando la resolución a nuestras problemáticas es la palabra presente?

Siempre hemos estado preparados para la incertidumbre de cohabitar con otros, las confrontaciones nucleares son un modelo de ello. Allí no caen simples números que quedarán enmarcados en ciertas memorias y serán banalmente enaltecidos, año tras año, en solemnes actos patrióticos. Lo que cae es la humanidad... Puedo decir que, pese a que estoy en el subsuelo del planeta Tierra, me percibo y me pienso lejos de él, en contradicción, nunca me sentí tan perteneciente a este astro como ahora que me sé distante. Porque siempre lo supimos, la tierra es el rostro de nosotros mismos.

Denver, 2098.